

Siéntate a la mesa. Eres amado de Dios.

Jn 13, 1-12

Tuvo lugar, un día como hoy, en la festividad del Jueves Santo de 2013. Los jóvenes internos del centro penitenciario de Roma, "*Casal del Marmo*", esperaban con emoción y esperanza la visita del recién elegido Papa Francisco. La cárcel para memores se convertiría en la "gran mesa del encuentro" para celebrar el mandamiento del amor. Algo insólito en su novedad, no sólo por el destino elegido, que desdibujó el escenario tradicional, sino en su propuesta y mensaje.

Durante la celebración de la Última Cena del Señor, el Papa lavó los pies a doce jóvenes detenidos, elegidos de diferentes nacionalidades y distintas confesiones religiosas; entre ellos una joven musulmana y un ecuatoriano. "*Lo hago de corazón... Amo hacerlo porque el Señor así me lo ha enseñado*", explicó.

Muy lejos de los ostentosos y disciplinados adornos, los anacrónicos capisayos litúrgicos, las multitudes revestidas "ad hoc" para la ocasión y de los habituales protocolos que nos ofrecen los escenarios propios de las inmutables ceremonias pascuales. La cárcel se convirtió en basílica, o quizá ¿en pesebre?

Situémonos en esta jornada. Hoy, Jueves Santo, Día del Amor fraterno, nos sentamos alrededor de la gran mesa de nuestra humanidad y nos disponemos, junto a nuestros hermanos y hermanas, para celebrar el gran misterio de nuestra fe: Dios, en su Hijo Jesús, se queda con nosotros, y comparte con nosotros su causa, presente en el pan partido y en la copa de vida.

Os invito a que nos acerquemos al Evangelio que nos propone Juan (13, 1-12) y, en su lectura paralela, a los textos que nos ofrecen los sinópticos (La institución de la Eucaristía: Mt 26, 26-29, Lc 22, 17-20 y Mc 14, 22- 25).

- Uno de los rasgos característicos que describen el camino de Jesús por las aldeas de Galilea son las escenas de comidas y cenas con la gente (Lc 15, 11-32; 19, 1-10; Mt 25, 31-46; Jn 6, 1-15; Mt 14, 13-21; Mc 6, 32-44; Jn 13, 1-20...) Jesús vivía estos encuentros como símbolo y anticipación del banquete final en el Reino de Dios. Fue tachado de comilón y borracho, de sentarse a la mesa con gente de mala reputación... El centro de su convocación fueron los marginados, aquellos que se encontraban en las periferias de la sociedad. Esta era su tarjeta de presentación.
- La mesa compartida es el centro de la casa, donde "se parte el pan" y se bebe en la misma copa. Este es el santo y seña de los comensales: La fracción del pan. Llamados y convocados a sentarse, porque son los amados de Dios. Los escenarios son los caminos, los brocales, las orillas, donde la vida es necesitada de misericordia y busca el brindis de la fraternidad.

- No hay puestos escogidos ni reservados. Una gran mesa, redonda, amplia, sin límites ni fronteras. Sin adornos. Simplemente, un mantel bordado con los rostros de una nueva humanidad.

La casa representa el espacio habitable -¡huésped!- donde fluye la reciprocidad, en la que todos los miembros dan y reciben; donde cada uno es valorado por sí mismo, en un abrazo de gratuidad; donde reina la ternura y la solidaridad de la universalidad; donde se expresa la riqueza, la creatividad y la originalidad de un espacio común. Todos somos importantes y únicos; cada uno tiene su propia voz, y cada uno trae la rica historia de su don, fuego y calor de hermanos.
- Los valores que aglutinan y diseñan toda mesa compartida son: la solidaridad, el dar sin esperar recompensas, la gratuidad, el servicio. La Comunidad se forma en torno a la mesa compartida, y se siente enviada cuando ha saboreado el calor humano de la fraternidad dada. Venimos con nuestras riquezas, nuestros dones... La casa común quiere ser ese espacio de encuentro y de don. Juntos damos sentido a nuestro quehacer, juntos hacemos realidad los sueños posibles de un futuro por llegar. Juntos, en torno a la mesa compartida, podemos celebrar la acción reivindicativa de un nuevo Pentecostés.
- Las primeras comunidades se reunían en torno a la mesa no solo para compartir el pan, sino para testificar el valor genuino de la fraternidad. En torno a la mesa compartida se declinan todas las fronteras y desigualdades, donde no existen pobres ni ricos, porque *"lo tenían todo en común"* (cf. Hch 2, 42-46; 4, 32-35) Queremos que esta "gran mesa" sea fiel reflejo de nuestra misión hoy: Construir la fraternidad y expresar los valores nuevos del Reino de Dios.
- El pan y el vino, la mesa y la casa (el hogar) son realidades capaces siempre de suscitar ecos muy profundos en el corazón humano. Ecos y resonancias que manifiestan la esperanza y la credibilidad de que un nuevo mundo es posible. Ecos y resonancias de miradas que se cruzan en búsqueda de una mayor complicidad y entrega. Ecos y resonancias que expresan el carácter subversivo de esta mesa compartida, que no es otro que la misericordia: principio y raíz del hondo sentido de nuestra humanidad.
- *"La única herencia que nos ha dejado Jesús es ser servidores los unos de los otros"* (Papa Francisco) La escena del lavatorio de los pies (Jn 13, 1-15) condensa el mensaje de la vida del cristiano: Una vida puesta a los pies de todos, entregada a favor de todos. Así vivió Jesús, y así se justifica su muerte. El servicio a los hermanos y hermanas -"arrodillados a sus pies"- define la vida y la misión de todo seguidor de Jesús, el Cristo: *"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos..."* (Jn 15, 13)

Esta es la herencia -y el regalo- que nos ha dejado Jesús. Somos herederos de un proyecto que se gesta en el encuentro con los hermanos y hermanas, en el servicio callado y arrodillado a los más necesitados de nuestro mundo.

Hermanos y hermanas: Ser discípulo y discípula de Jesús significa servir, estar dispuesto a situarse en la mirada del otro, a los pies del que camina a nuestro lado, corazón contra corazón. Esa fue su vida y su mensaje: Estar en este mundo como el que sirve (cf. Mt 20, 28...) Por tanto, seguir a Jesús es caminar tras sus pasos, compartir su propio destino. Y, aunque nos suena a despedida, sus palabras nos anuncian la alegría de su propuesta de vida: *Que os améis los unos a los otros como yo os he amado* (cf. Jn 15, 12)

Recreemos la tarde del Jueves Santo. Estamos todos invitados a instaurar y construir esta gran mesa redonda, donde todos tenemos cabida, nuestro sitio, para compartir los dones y hacer presente el gran sueño de quien nos congrega: el reino de Dios, a pie de nuestro mundo. Estamos todos llamados a hacer visible y realidad la profecía de una nueva humanidad, más fraterna, más justa y misericordiosa. Estamos todos convocados a intuir, con generosidad y audacia, los rumores o nuevos brotes carismáticos que suscita el Espíritu en nuestro derredor. ¡Sentémonos y abrámonos a la hospitalidad que genera esta mesa compartida! ¡Somos amados de Dios!

Hermano Juan González